



Reg. SupGen.: 06/2016/01



LOS SAGRADOS CORAZONES, PUERTA DE LA MISERICORDIA

Madrid, 2 de junio de 2016.

Queridos hermanos Congregantes, Laicas y Laicos M.SS.CC., colaboradores de los Centros Educativos Joaquín Rosselló, de la Fundación Concordia, de la Procura de Misiones y todos aquellos y aquellas que de un modo u otro os sentís vinculados a nuestra familia misionera y sacricordiana:

La apertura de la Puerta Santa constituye uno de los gestos simbólicos típicos con los que da comienzo un año jubilar.

En efecto, el Año de la Misericordia comenzó oficialmente el 8 de diciembre de 2015, cuando el Papa Francisco llevó a cabo esa ceremonia en San Pedro del Vaticano. No obstante, pocos días antes, se había adelantado a hacer lo mismo en la Catedral de Bangui, durante su visita a la República Centroafricana. Era la primera vez que un Papa realizaba algo semejante fuera de Roma. Él mismo explicó este llamativo 'preludio' señalando que *'El Año Santo de la Misericordia viene anticipadamente a esta tierra, que sufre desde hace años el odio, la guerra, la incomprensión y la falta de paz'*. Una anticipación muy significativa que, por sí misma, ya da claves importantes para entender la intención y el alcance de este Jubileo.

Ha querido además el Papa que se abran puertas santas en las catedrales de todas las diócesis, como también en aquellos santuarios e iglesias designados por cada Obispo. Así este signo estará presente en cada Iglesia particular, para que el Jubileo de la Misericordia pueda ser celebrado en todo el mundo y no sólo en Roma. De este modo, Francisco ha expresado claramente la dimensión universal, católica y misionera de este acontecimiento eclesial.

Precisamente, y hace no muchos días, tuve oportunidad de atravesar, junto con un grupo de M.SS.CC. de Mallorca, la Puerta Santa abierta en el Santuario de Lluc. Lo hicimos en un día muy especial; precisamente el mismo en que se cumplían 125 años de aquel 6 de mayo de 1891 en que nuestro Fundador, el P. Joaquim Rosselló, subió hasta ese mismo lugar para encargarse de su administración y cuidado pastoral. Algo que, naturalmente, no decidió por cuenta propia, sino secundando el deseo de quien era por entonces Obispo de Mallorca, D. Jacinto M^a Cervera, que quiso contar con él y con la Congregación naciente para sacar adelante el proyecto renovador de su Diócesis y, más en concreto, la restauración de la ‘Casa de la Moreneta’ que pasaba entonces por momentos críticos tanto en lo material como en lo espiritual.

El sentido de un gesto

La imagen de la puerta evoca acogida, hospitalidad, seguridad, defensa ante el peligro... pero marca también una separación entre dos espacios e indica la posibilidad de entrar o de salir. Así, atravesar una puerta abierta supone cruzar un umbral, franquear un límite entre lo exterior y lo interior, pasar de estar ‘fuera’ a estar ‘dentro’ o al revés... Un gesto que conlleva, por tanto, responsabilidad y capacidad de elección, de asumir una opción y de asimilar una ‘ruptura’. Implica dejar lo que queda atrás, aventurarse libremente en un ambiente quizá desconocido, ingresar en una realidad nueva e irse integrando en ella... Exige un cambio, un ‘itinerario’, una ‘conversión’...

Este simbolismo se reviste por lo demás de una densidad evangélica muy especial desde el momento en que es Jesús mismo quien afirma: ‘Yo soy la Puerta’. La única que encamina hacia el Padre (Jn 14,6). Entrar por Él nos lleva a celebrar una verdadera Pascua que nos hace pasar del pecado a la gracia, de la esclavitud a la libertad, de la muerte a la vida plena y abundante (Jn 10,7-9).

Por eso, cuando el Papa ha explicado el sentido de la apertura de la Puerta Santa en sus catequesis, ha dicho cosas como éstas:

“La Puerta indica a Jesús mismo que ha dicho: ‘Yo soy la puerta. El que entra por mí se salvará; podrá entrar y salir y encontrará su alimento’. Atravesar la Puerta Santa es el signo de nuestra confianza en el Señor Jesús que no ha venido para juzgar, sino para salvar”.

“Atravesar la Puerta Santa es signo de una verdadera conversión de nuestro corazón. Cuando atravesamos aquella Puerta es bueno recordar que debemos tener abierta también la puerta de nuestro corazón. Estoy delante de la Puerta Santa y pido al Señor: ‘Ayúdame a abrir la puerta de mi corazón’. No tendría mucha eficacia el Año Santo si la puerta de nuestro corazón no dejara pasar a Cristo que nos empuja a andar

hacia los otros, para llevarlo a Él y a su amor. Por lo tanto, como la Puerta Santa permanece abierta, porque es el signo de la acogida que Dios mismo nos reserva, así también nuestra puerta, aquella del corazón, esté siempre abierta para no excluir a nadie”.

“La puerta está generosamente abierta, pero nosotros debemos valerosamente cruzar el umbral”.

Finalmente, es necesario añadir que, para captar el sentido de este gesto, no basta pensar que estamos celebrando un ‘Año Santo’ más. Hay que considerar sobre todo que nos encontramos en el ‘Año de la Misericordia’. *‘Pienso en cuantos atravesarán una de las Puertas Santas, que en este año son verdaderas Puertas de la Misericordia’*, ha subrayado el Papa. Puertas que introduzcan en la experiencia del amor compasivo de Dios. Y para visualizarlo de modo más claro, él mismo abrió una de ellas en un albergue y comedor de personas sin hogar de Cáritas. Y refiriéndose a los presos decidió que: *“En las capillas de las cárceles podrán ganar la indulgencia, y cada vez que atraviesen la puerta de su celda, dirigiendo su pensamiento y la oración al Padre, pueda este gesto ser para ellos el paso de la Puerta Santa, porque la misericordia de Dios, capaz de convertir los corazones, es también capaz de convertir las rejas en experiencia de libertad”.*

Abrir puertas en el Año de la Misericordia

Las palabras del Papa Francisco que he recogido más arriba podrían dar lugar a diversos comentarios, pero a mí me ha llamado la atención la relación que establecen entre *‘abrir la puerta santa’* y *‘abrir el propio corazón’* habilitándolo como un espacio despejado de impedimentos que *‘deje pasar a Cristo’* a la vez que se haga accesible para acoger a todos, sin exclusiones ni discriminaciones de ningún tipo. E intuyo que es por ahí por donde se ha de materializar esa ‘conversión’ a la que se nos llama en este Año de la Misericordia si de verdad queremos que eso de atravesar el umbral de una puerta, por muy ‘santa’ que sea, no se nos quede en un rito hueco y vacío de sentido.

De poco servirá tomar parte en una ceremonia ‘religiosa’, aun cuando se la revista de gran solemnidad, si cada uno y cada una de nosotros no se decide a hacer de su propio corazón una puerta abierta a Dios y a los demás.

Como ya me ha sucedido en otras ocasiones, este lenguaje ‘cordial’ del Papa me remite instintivamente a nuestro patrimonio espiritual y me hace preguntarme una vez más cómo podemos vivir y entender, como laicos/as y religiosos M.SS.CC., este gesto simbólico de atravesar la ‘Puerta Santa’ si lo que de verdad queremos es que nos abra el camino hacia el Corazón de un Dios Padre que nos acoge incondicionalmente y nos llama a ser misericordiosos con quienes nos rodean así como Él es misericordioso con cada uno de nosotros (Lc 6,36).

Atravesemos, pues, la ‘Puerta de la Misericordia’ pensando en lo que somos y estamos llamados a ser a la luz del carisma que el Espíritu regaló y regala a la Iglesia por medio del P. Joaquim, nuestro Fundador. Es una nueva ocasión que no debemos desaprovechar para profundizar en nuestra espiritualidad sacricordiana.

Los Sagrados Corazones, Puerta de la Misericordia

Desde esa perspectiva, no podemos hablar de ‘corazones abiertos’ sin que nuestra mirada se dirija instintivamente hacia los Sagrados Corazones, verdaderos iconos de misericordia.

El Corazón de Jesús traspasado en la cruz ha quedado abierto para siempre. Si lo miramos con fe (Jn 19,37) descubriremos en él un ‘signo’ de aquella apertura radical a la voluntad del Padre que atravesó su existencia hasta las últimas consecuencias y le llevó a vivir para los demás hasta entregarse por todos. No es extraño que la tradición de los místicos haya querido entrar por esa ‘puerta’ que la lanza abrió en su costado para penetrar en ese misterio de amor y donación total del que brota una fuente inagotable de gracia y de salvación para una humanidad sedienta de misericordia.

El Corazón de María es un corazón abierto a la escucha de la Palabra y dispuesto a ponerla en práctica aun en medio de dudas y dolores (Lc 11,28). Es el corazón de la mujer contemplativa (Lc 2,19.51), misionera (Lc 1,39-45) y atenta a nuestras carencias y necesidades (Jn 2,3), que supo seguir a su Hijo hasta el final, permaneciendo firme y solidaria junto a su cruz (Jn 19,25) aunque una espada traspasara también su corazón (Lc 2,35).

Los Sagrados Corazones son, por tanto, modelo y estímulo de esa apertura de corazón que el Papa nos pide para que toda nuestra vida -nuestros ojos, nuestros oídos, nuestra boca, nuestras manos- se abran de par en par al don y a la tarea de la Misericordia.



Más todavía, podemos decir que la verdadera ‘Puerta de la Misericordia’ se halla para nosotros abierta en los Sagrados Corazones traspasados por amor a Dios y a los seres humanos.

Y ahora preguntémonos como M.SS.CC.: ¿Hacia dónde nos conduce esta ‘Puerta’? ¿Qué hay que dejar fuera al cruzar su umbral? ¿Qué vamos a encontrar dentro? ¿Qué ‘itinerario’ estamos llamados a emprender si nos decidimos a entrar por ella? ¿Qué ‘conversión’ nos pide dar ese paso? ¿A qué ‘aperturas’ nos anima?

Al tratar de responder estas preguntas propondré en cada caso una ‘apertura bíblica’ inspirada en pasajes leídos e interpretados por nuestra tradición carismática y unas ‘aperturas del corazón’ en la línea sugerida por los interrogantes que acabo de apuntar.

Una puerta que se abre al desierto

Entrar hoy por la ‘Puerta de la Misericordia’ abierta en los SSCC significa en primer lugar franquear un umbral que nos lleva hasta el silencio y la contemplación.



Apertura bíblica

‘Pero yo voy a seducirla, la llevaré al desierto y le hablaré al corazón’ (Os 2,16).

Este pasaje fue elegido por el P. Joaquim, ya en la primera redacción de nuestras Reglas, para fundamentar y orientar la dimensión contemplativa de nuestro carisma sacricordiano.

Son palabras que el profeta Oseas pone en boca de un Dios despechado, que habla de Israel como de una mujer adúltera que le ha abandonado para engañarle con sus amantes, los ídolos. Eran tiempos de prosperidad económica logrados a costa de explotar a los más pobres. Una situación que beneficiaba sólo a los ricos quienes, para colmo, utilizaban perversamente la religión para justificar la desigualdad social.

Lo más sorprendente es que, ante la infidelidad del pueblo, Dios no reacciona, como cabría esperar, con amenazas de castigo o deseos de venganza. No son la rabia ni el rencor quienes mueven sus sentimientos ni determinan sus decisiones, sino una conmoción entrañable que le lleva a perdonar e intentar un nuevo comienzo. En vez de repudiar a la mujer desagradecida que no ha querido corresponder a sus desvelos, se deja llevar por el corazón y decide reconquistar su amor. Por eso la convoca a una nueva luna de miel en el mismo lugar donde ambos se habían encontrado y enamorado por vez primera. Allí, en el desierto, la cortejará como entonces lo hizo y tratará de convencerla con palabras persuasivas para que vuelva a considerarle su esposo y se avenga a sellar con él un matrimonio eterno.

De este modo, el desierto aparece en la profecía de Oseas no tanto como un espacio vacío y terrible, apropiado para la prueba y la tentación, sino como un ámbito de liberación y de misericordia al que Dios conduce a su pueblo para renovar la Alianza que Israel había roto con su desamor.

Y así también lo entendió el P. Joaquim, especialmente durante el tiempo que pasó en el ‘desierto’ de Sant Honorat. Un lugar que hemos de saber recrear allí donde nos encontremos, no para distanciarnos de la realidad ni cultivar una espiritualidad desencarnada, intimista o egocéntrica, sino para aventurarnos en ese silencio contemplativo y fecundo que nos lleve a vivir un ‘nuevo Éxodo’, nos libere de nuestras esclavitudes, nos permita reencontrarnos con el corazón compasivo y ardiente de un Dios que no se cansa de perdonar y nos ayude a rehacer aquella experiencia del amor primero que luego seremos enviados a anunciar por todas partes.



Aperturas del corazón

Entrar por la puerta de los SSCC significa en este caso aventurarnos por la senda que nos conduce hasta nuestro *‘más profundo centro’*. En ese largo viaje hacia nuestra interioridad dejamos atrás una manera superficial de ‘escuchar’ y ‘ver’ la realidad y aprendemos a mirar las cosas con el corazón. Abrimos los oídos a la Palabra y nuestros ojos interiores comienzan a captarlo todo con una nueva hondura. Nos retiramos al desierto y nos acercamos a la zarza ardiente de los SSCC (cfr. Éx 3,1-3) para dejar que

nuestros corazones ardan en su mismo fuego. Allí nos liberamos en primer lugar de los ídolos que esclavizan y descubrimos que *'Dios es amor'*. Franqueando esa puerta, podemos *'entrar de nuevo en el trato y comunicación'* con ese Padre-Madre con *'entrañas de misericordia'* que nos ama y nos atrae porque quiere que seamos felices. Y esa manera de ver a Dios *'convierte'* nuestra mirada y transforma la perspectiva con la que nos abrimos también a todo lo que nos rodea, porque el verdadero contemplativo no lo es sólo en la oración o en la capilla, sino en la vida de cada día. El verdadero contemplativo - contemplativo al estilo de Jesús y de María- acaba identificándose con la mirada del Dios que tiene Corazón y por eso prioriza la búsqueda de su Reino por encima de todo.

Una puerta que se abre al oasis

Entrar hoy por la *'Puerta de la Misericordia'* abierta en los SSCC significa también franquear un umbral que nos introduce en la comunidad.



Apertura bíblica

'El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma' (Hch 4,32).

Son varias las ocasiones en las que el ejemplo de los primeros cristianos sale a relucir en los escritos del P. Joaquim, sobre todo cuando, en su testamento espiritual, trata de inculcar a los Congregantes el estilo de vida comunitaria al que están llamados y ha de distinguirles *'en todas partes'*.

Este texto encabeza uno de los *'sumarios'* de los Hechos de los Apóstoles y dibuja un *'retrato ideal'* de las comunidades primitivas. Un modelo que Lucas propone a los cristianos de la segunda generación a los que escribe, para que mantengan el fervor de los inicios. En él se subraya la total comunión de vida que vinculaba a aquellos creyentes de la primera hora. Una comunión de fe, mentalidad, criterios, sentimientos, actitudes y bienes que, por otra parte, no siempre se cumplió en la práctica. Para comprobarlo basta leer atentamente otras páginas de ese mismo libro o del resto de escritos del Nuevo Testamento, particularmente las cartas de Pablo.

Pero las dificultades de los cristianos de todos los tiempos a la hora de plasmar este ideal -algo que el P. Joaquim también supo denunciar en su propia época- no impidió que él lo propusiera de nuevo a sus misioneros. Así les anima a darse a conocer por la caridad fraterna, convencido de que en ello se juega en gran parte la autenticidad de un discipulado identificable por su modo de vivir el Mandamiento Nuevo.

En su caso era la consecuencia natural de haber asumido una espiritualidad sencilla pero muy bien estructurada cuyo *'centro'* está ocupado por los Sagrados Corazones y lo que ellos simbolizan. Es lo que declaran quienes fueron por él formados: *"Nos recordaba que así como en nuestro escudo están unidos los SS.CC., así también nosotros debemos estar unidos"*¹.

¹ Son palabras del Hno. Rafael Malondra Morey que han quedado recogidas en la *Positio*, vol I p. 310.

Pero el P. Fundador no era un ingenuo y sabía de esa fragilidad humana que daña la convivencia cotidiana. Por eso recuerda que no se puede vivir esta ‘koinonía’, este espíritu de familia, sin la práctica de la misericordia. Algo que él cifraba muy especialmente en la capacidad de perdonar:

‘Perdonaos también las injurias, y eso, con facilidad, extinguiendo en vuestro corazón toda remanencia de antipatía contra el que os ofendió. Y, como en los primitivos cristianos, sea tan estrecho el lazo de caridad que os una que, como de ellos, puedan decir también de vosotros los que os traten, sirviéndose de aquella hermosa frase del Espíritu Santo, Erant cor unum et anima una’.



Aperturas del corazón

Al entrar por la puerta de los SSCC dejamos atrás el egoísmo que nos aísla, el individualismo que nos disgrega, el afán de protagonismo que hipoteca nuestras relaciones, la indiferencia que enfría la caridad. Escuchamos de nuevo las palabras que nuestro Fundador nos dejó como última voluntad: *“Amaos como los Sagrados Corazones de Jesús y de María os aman...”*. Nos identificamos con su imagen, la de aquel medallón borroso del coro de Sant Honorat que nos dio nombre. Una imagen de los SSCC unidos que nos habla de comunión, de encuentro, de diálogo, de *‘estrechar lazos’*... Y nos comprometemos a vivir como ellos, *“con un corazón y una sola alma”*, integrando la diversidad de edades, mentalidades, formas de ser, culturas, lenguas... Reconocemos lo mucho que nos falta para convertirnos de verdad a la vida de comunidad. Descubrimos que es en ella (o en el grupo) donde estamos llamados a practicar en primer lugar la *‘bienaventuranza de los misericordiosos’* (Mt 5, 7) con nuestros prójimos más próximos, los hermanos y hermanas con los que compartimos la fe, la vida, la misión. Y nos ponemos a hacerlo como lo hizo el mismo Jesús: *‘curando’* y *‘perdonando’*. Creando esos *‘oasis’* en medio del desierto donde se sanan heridas y se vive reconciliados. Abriendo la puerta del propio corazón al otro y dejando que circule la corriente de la misericordia capaz de arrastrar consigo todo aquello que no favorece la fraternidad.

Una puerta que se abre a la llanura

Entrar hoy por la ‘Puerta de la Misericordia’ abierta en los SSCC significa también franquear un umbral que nos empuja a la misión.



Apertura bíblica

“Fuego he venido a encender en la tierra y qué quiero sino que se encienda” (Lc 12,49).

Estas palabras de Jesús y aquellas que le siguen en el evangelio de Lucas (Lc 12,49-53) hablan originalmente del conflicto provocado por su vida y su ministerio. Paradójicamente, su mensaje de paz y de unión fue causa de enfrentamiento y oposición para él mismo y para sus discípulos. Con el mismo lenguaje de los profetas (Jr 20,9), el Maestro de Nazaret hace ver que el *‘fuego devorador’* de la Palabra no puede dejar de ser

anunciado aunque ello la transforme en *'espada de los filos'* que causa división y animosidad en quienes la reciben. La crisis alcanzará tales dimensiones que le conducirá a verse sumergido en el *'bautismo de sangre'* de la muerte.

El P. Fundador, en cambio, hace una interpretación misionera del pasaje a partir de la consideración del simbolismo del fuego en el contexto de la espiritualidad de los SSCC tal como él la entendía, la vivía y la proponía.

Siendo todavía un adolescente, el Hno. Trigueros, que le inició en el conocimiento de dicha devoción, le hablaba de la necesidad de *'meter fuego'*. Esta consigna le acompañó toda su vida y por eso su ministerio no tuvo otro fin que el de extender por todas partes *'el encendido fuego del amor de Dios'* que arde en los SSCC para que pudiesen *'abrasarse en él los corazones de todos los hombres'*.

Este ideal misionero configuró un modo dinámico y creativo de entender el ministerio sacerdotal, sin reducirlo a una especie de *'funcionariado religioso'* que cumple fríamente con unos mínimos. Al contrario, el Fundador fue un evangelizador ardiente que siempre quiso *'hacer más'* y buscó *'todos los medios posibles'* para acercar a la gente el mensaje del amor y de la misericordia de Dios.



Aperturas del corazón

En este caso, la puerta de los SSCC nos invita a mirar hacia fuera, a *'andar hacia los otros'*. Dejamos atrás encerramientos, miedos, comodidades y particularismos. Saltan los cerrojos, se abren los batientes de la casa y nos ponemos en camino. Nos damos cuenta de que el desierto no es para quedarse siempre. Bajamos de la montaña y nos dirigimos a los valles donde viven y se afanan las personas en medio de dificultades y esperanzas. Nos hacemos conscientes de que hemos sido elegidos para ir y dar fruto, para formar parte de esa *'Iglesia en salida'* de la que habla el Papa Francisco. Una Iglesia que, en sus mismas palabras, *'ha sido animada a abrir sus puertas, para salir con el Señor al encuentro de sus hijos e hijas en camino, a veces inciertos, a veces perdidos, en estos tiempos difíciles'*. Una Iglesia que no tiene miedo de abandonar sus seguridades para llegar hasta las periferias, hasta las fronteras, hasta los traspasados de este mundo. Y en ella queremos ser *'competente socorro'*, es decir auxilio oportuno y eficaz que, en cada iglesia local, sepa leer los signos de los tiempos y dar la respuesta que los pobres esperan de nosotros. Si nos dejamos quemar en el Fuego de Amor que arde en los SSCC no podemos hacer otra cosa que reavivarlo por todas partes porque nos sabemos verdaderos *'Misioneros de la Misericordia'*.

Una puerta que se abre al corazón

Entrar hoy por la *'Puerta de la Misericordia'* abierta en los SSCC significa también franquear un umbral que nos abre a la relación con los otros desde la cordialidad, la cercanía, la ternura, la compasión entrañable.



“*Mirarán al que traspasaron*” (Jn 19,37).

El evangelio de Juan nos sitúa junto a la cruz de Jesús, en el lugar preciso donde estaban su madre y el discípulo amado (Jn 19, 25). Desde allí, *‘el que vio estas cosas’* nos invita a mirar al Traspasado con la misma perspectiva con que lo hizo el Corazón creyente y solidario de María.

El gran ‘signo’ que requiere nuestra atención es la efusión de sangre y agua del costado abierto de Jesús en el mismo momento en el que es perforado por la lanza del soldado.

Para iluminar el sentido profundo de este acontecimiento, el evangelista nos invita a contemplarlo a la luz de dos pasajes de la Escritura. El primero de ellos dice: *‘No le quebrarán ningún hueso’* y sirve para ilustrar el hecho de que a Jesús no le rompieran las piernas como a los otros dos condenados (Jn 19,31-32). El texto podría aludir a lo que se lee en Sal 34,21. En tal caso, el Crucificado personifica al Justo Sufriente de cuya integridad cuida Dios mismo. Jesús encarna a todos los inocentes que lo pasan mal, a todos los ‘traspasados’ de nuestro mundo. Es el Siervo de Yahvé del que habla el profeta Isaías, que fue *‘traspasado por nuestras rebeliones’* (Is 53,5) y *‘vacío su vida hasta la muerte’* (Is 53,12); aquel personaje misterioso cuyo sufrimiento es fecundo porque causa la salvación del pueblo.

La referencia más clara de este pasaje se encuentra, no obstante, en Éx 12, 46 y Núm 9,12 donde se habla del cordero pascual cuyo sacrificio constituía el rito central de la pascua judía. Eso significa que, como había dicho ya Juan Bautista al comenzar el evangelio, Jesús es *‘el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo’* (Jn 1,29.36). Su sacrificio ha inaugurado una Nueva Pascua y nos ha abierto definitivamente el camino de la liberación. El libro del Apocalipsis recrea bellísimamente esta simbología al representar a Cristo como un Cordero degollado (muerto-traspasado) que se mantiene en pie (vivo-resucitado) y de cuyo cuerpo brota un río de agua viva que alegra la Nueva Jerusalén (Ap 22,1-5).

El segundo pasaje citado recuerda una profecía de Zacarías (Zac 12,10) y reza así: *‘Mirarán al que traspasaron’*. Con la apertura del costado de Jesús, Dios nos ofrece el don de su Espíritu que nos renueva, nos purifica, nos perdona los pecados y convierte nuestros corazones. Contemplar al Crucificado con los ojos de la fe nos cura, nos salva y nos da la vida eterna (Jn 3,14-15). Fijar la vista en el Traspasado nos exige solidarizarnos con él e identificarnos con su destino. Mirar su corazón abierto nos lleva a comprender que su amor por nosotros no podía llegar más lejos. Difícilmente encontraremos en toda la Escritura una escena que concentre con tanta densidad el Evangelio de la Misericordia.

Esta mirada creyente nos ha llevado a una contemplación esperanzada del Crucificado. No es un fracasado, ni un ejecutado, ni un maldito de Dios. Es el Señor glorioso que ha vencido a la muerte y entrega su Espíritu para que fecunde a la Iglesia y a la humanidad. Es el que vino por el agua y la sangre (1 Jn 5, 6-8). Es el Cordero degollado en cuyas manos están los destinos de la historia (Ap 5, 6-14). El mismo que

aparecerá como juez universal al final de los tiempos para dejar en evidencia a aquellos que lo traspasaron (Ap 1,7). Su sufrimiento no ha sido inútil. Sus heridas nos han curado. Su sacrificio es fuente de vida para todos.

Eso nos anima a vivir con esperanza cuando el dolor llama a nuestra puerta pero también a no volver la vista ante el deprimente espectáculo de los ‘traspasados’ de nuestro mundo. Si nos situamos al pie de las cruces de nuestros hermanos y hermanas que sufren y desde allí les miramos con la misma mirada de fe con la que hemos contemplado al Traspasado, seguro que encontraremos motivos para permanecer junto a ellos. Sus heridas, sus llagas, sus corazones desgarrados... pueden ser el lugar en el que Dios nos dé a beber del agua de la vida.



Aperturas del corazón

Entrar por la puerta de los SSCC significa en este caso identificarnos plenamente con sus actitudes y sentimientos, con sus criterios y prioridades. Ellos son para nosotros escuela de compasión humanizadora. Al hacerlo dejamos atrás el ‘*corazón de piedra*’ para que el Dios-Amor nos pueda trasplantar un ‘*corazón de carne*’ capaz de hacer un proyecto de vida nueva centrado en las ‘*obras de misericordia*’ (Mt 25, 31-46). Miramos al Traspasado y contemplamos su Corazón abierto como un signo de solidaridad total, que se da sin reservas, que ama hasta el extremo, que no pone límites a la misericordia. Y nos identificamos con el Corazón de María que sabe ‘estar’ junto a la cruz de su Hijo sin apartar la mirada ni huir, aunque una espada le traspase el alma. Nos declaramos servidores del Traspasado en los traspasados de este mundo sufriente. Y así nos sentimos también parte de esa Iglesia que es como un ‘*hospital de campaña*’ y cuya misión es, según el Papa Francisco, la de ‘*curar las heridas del corazón, abrir puertas, liberar, decir que Dios es bueno, que Dios perdona todo, que Dios es Padre, que Dios es tierno, que Dios nos espera siempre*’.

Conclusión: Abiertos para dejar entrar



Los SSCC están abiertos para dejar entrar. Como ya os decía en la carta que os dirigí en el aniversario de la muerte de nuestro Fundador: ‘*He ahí la puerta abierta por la que tenemos acceso directo a la experiencia de la Misericordia. Pongámonos en camino y franquémosla con toda confianza, pues a través de ella seremos introducidos, como nuevos hijos pródigos que regresan a casa, en el Corazón clemente, acogedor y compasivo del Padre*’.

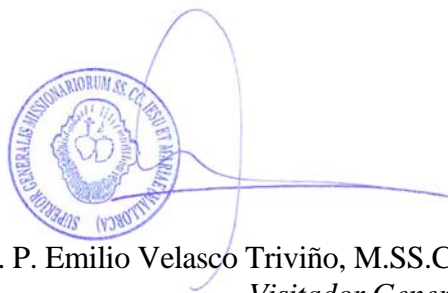
Pero el Papa Francisco nos ha recordado que eso no basta. Si Dios nos ha abierto su Corazón de par en par, abramos también nosotros el nuestro como una verdadera ‘puerta de la misericordia’, al estilo de Jesús y de María.

‘Yo estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre, entraré a su casa y cenaré con él y él conmigo’ (Ap 3,20). El que es la Puerta llama humildemente a las nuestras. No fuerza la entrada sino que pide permiso y espera que le dejemos atravesar el umbral. Pero no viene solo. Con Él pasarán también a formar parte de nuestras vidas quienes necesitan la atención, la escucha, el cuidado, el consuelo, el calor y el cobijo que les podemos ofrecer con nuestros oídos abiertos, con nuestros ojos abiertos, con nuestros labios abiertos, con nuestras manos abiertas... con nuestros corazones abiertos.

Así nos lo recuerda el Papa al proponernos que, *‘en este Año Santo, podremos realizar la experiencia de abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales, que con frecuencia el mundo moderno dramáticamente crea. ¡Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento existen en el mundo hoy! Cuántas heridas sellan la carne de muchos que no tienen voz porque su grito se ha debilitado y silenciado a causa de la indiferencia de los pueblos ricos’.*

Finalmente, aprovecho para recordaros que el día 12 de junio comenzaremos el encuentro presencial del EAG que se desarrollará en Lluçà de Mar hasta el 2 de julio. Casi a renglón seguido, entre el 4 y el 7 de julio, tendrá lugar en el mismo lugar la Semana de la Familia Sacricordiana de las Delegaciones de Mallorca y la Península, en la que continuaremos caminando en la senda de la misión y la espiritualidad compartidas que ya venimos recorriendo entre religiosos y laicos/as M.SS.CC.

Os saludo fraternalmente en nombre de todo el EAG:



Fdo. P. Emilio Velasco Triviño, M.SS.CC.
Visitador General.



Para Orar y Compartir

Por si alguna comunidad o grupo desea utilizar esta carta para un día de retiro o de formación ofrecemos algunas pautas para la oración y la reflexión:

Momento personal

1. Lee la carta contemplativamente, sin prisas, implicando no sólo la inteligencia. Abre los oídos y el corazón. Fíjate en lo te 'toca' de un modo especial, lo que mueve tus sentimientos, lo que te invita a algún cambio de actitud... Subraya alguna frase con la que te identificas por alguna razón.

2. Detente allí donde encuentres algo que te invita a transformar en oración lo que lees. Ora dando gracias, pidiendo perdón, presentando una necesidad... o simplemente haz un momento de silencio en adoración.

Momento de grupo

3. Compartimos con el grupo a partir de la lectura/oración realizada en el paso nº 1. También nos podemos ayudar de estas preguntas:

* ¿Qué aspecto, frase, idea de la carta te ha llamado más la atención? ¿Con cuál te sientes más identificado/a? ¿Por qué?

* ¿Cómo te ha ayudado la carta a entender mejor el sentido de este 'Año de la Misericordia'?

* Personalicemos lo que la carta dice para todos/as. Para ello recuerda cada uno de los 'itinerarios' sugeridos en ella a propósito de los diferentes 'lugares' a los que nos puede conducir la puerta abierta de los Sagrados Corazones:

- ¿Cuál de ellos necesitarías recorrer más en este momento de tu vida?
- ¿Qué deberías dejar fuera al cruzar su umbral?
- ¿Qué te gustaría encontrar dentro?
- ¿Qué 'conversión' te pide dar ese paso? ¿A qué 'aperturas' hacia Dios y hacia los demás te anima?
- ¿Se te ocurren otros 'itinerarios' a los que te podría conducir atravesar la puerta de los SSCC en este Año de la Misericordia?

* ¿Hay algo en la que no hayas entendido o te gustaría profundizar? Dialógallo con los demás.

Momento de oración

4. Acabamos con un momento de oración compartida en forma de petición, de alabanza o de acción de gracias a partir de lo reflexionado personalmente y/o de lo compartido en comunidad. Acabamos cantamos un canto adecuado.